

Historia y escatología en Joaquín de Fiore

por Octavio Groppa

Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel

Introducción

La figura de Joaquín de Fiore ha sido objeto de controversia a lo largo de los siglos. Profeta para algunos, hereje para otros, hombre santo para muchos de sus contemporáneos, el abad de Fiore fue con sus escritos fuente de inspiración de una cantidad de movimientos utópicos –desde los franciscanos “espirituales”, hasta varios grupos protestantes–, que intentaron realizar temporalmente una “última época” antes del fin de los tiempos. Su particular concepción de la escatología y de la historia está para algunos en la raíz de la idea moderna de progreso.

En este trabajo presentaré una síntesis del pensamiento de este monje calabrés, deteniéndome particularmente en lo relativo a su concepción de la historia y de la escatología (que es el reverso de la moneda). En la primera parte presento una breve reseña del contexto histórico en el que vivió, para pasar en segundo término a describir su lectura de la historia. Me baso principalmente en la obra *Liber de Concordia Novi ac Veteris Testamenti*.¹

¹ DANIEL, Emmett Randolph, *Abbot Joachim of Fiore Liber de Concordia Novi ac Veteris Testamenti, Transactions of the American Philosophical Society, New Ser., Vol. 73, 8 (1983) i-lxii, 1-455* (citado como Daniel). Se trata de una edición crítica de los primeros cuatro libros del *Liber de Concordia*, cuyo original tiene un libro más. En las citaciones utilizaré esta edición, que se basa en el manuscrito Latino Vaticano 4861. (Existen distintos manuscritos con variaciones en el texto y ediciones que difieren en la subdivisión de los capítulos). Los párrafos citados se presentan en castellano, con traducción propia. Las referencias serán abreviadas como LC, seguidas del libro –en números romanos–, parte, capítulo y líneas de que se trate. Así, LC II.2.1,1-10 refiere al libro segundo, segunda parte, capítulo primero, líneas 1 a 10.

1. Síntesis biográfica ²

Joaquín de Fiore (ca. 1135-1202) vivió una de las épocas probablemente más interesantes del medievo. Tiempo de conflictos entre los príncipes alemanes y los papas, en ella comienza a desplegarse el mundo urbano y nacen las escuelas catedralicias, a la vez que se repliegan las monásticas. De Fiore fue contemporáneo de Averroes y de Maimónides y contempló el declive del feudalismo, en su momento de máximo esplendor. Al límite de sus días, siguió desde su retiro calabrés el desarrollo de la tercera Cruzada.

Había nacido en una aldea cercana a Cosenza, en el sur de Italia, en una familia acomodada y ambiciosa que lo formó para ser notario (la profesión de su padre). Era el mayor de los hijos varones sobrevivientes. Se desempeñó en diversas cortes hasta que enfermó y decidió abandonar el mundo para emprender un viaje a Tierra Santa como peregrino, alrededor del año 1167.³ En Siria sobrevive a una epidemia y decide hacerse monje, si bien sin ingresar a ninguna orden en un primer momento. Según sus antiguos hagiógrafos, en esa época tuvo una intensa experiencia mística que reorientaría su existencia. Decide entonces entregarse a Dios como ermitaño. Cuenta la leyenda que en esa vivencia espiritual intuyó tanto su método “exegético concordístico” como su particular forma de entender la ciencia teológica, que consistirá básicamente en la correspondencia material entre Antiguo y Nuevo Testamento, como veremos más adelante.

Después de 1170 entra en el monasterio de Corazzo (no cisterciense).⁴ En 1177 es nombrado abad. Tras infructuosos intentos por ser aceptado en distintos monasterios cistercienses (Sambucina, Casamari) recurre al Papa Lucio III (1181-1185) a fin de obtener la autorización para escribir y ser liberado de las responsabilidades como abad. Permaneció unos meses en Casamari, donde tuvo una “segunda

² Utilizo como fuentes de información a SARANYANA, J. I., “Sobre el milenarismo de Joaquín de Fiore. Una lectura retrospectiva”, en: *Teología y Vida* XLIV (2003) 221-223; *Joaquín de Fiore y Tomás de Aquino. Historia doctrinal de una polémica*, Ed. Univ. de Navarra, Pamplona 1979 (citado como JF), DE LUBAC, Henri, *La posteridad espiritual de Joaquín de Fiore*, Ediciones Encuentro, 2 tomos, Madrid 1988 (citado como PEJF y PEJF II), además de la obra principal citada en la nota anterior.

³ Existen diferencias cronológicas entre las distintas fuentes. Saranyana ubica la peregrinación a Tierra Santa en tiempos de la segunda Cruzada (1147-1149) (JF 25). En cambio, Randolph DANIEL propone la fecha 1167 (DANIEL xiii). Asimismo, el primero ubica la experiencia mística en Constantinopla, mientras que el segundo lo hace en el Monte Tabor.

⁴ De nuevo, SARANYANA presenta diferencias en la información (cf. JF 26).

revelación” (ca. 1183), para volver luego a Corazzo (monasterio que será finalmente “adoptado” por una abadía cisterciense). Allí recibió una “tercera revelación” (ca. 1184):

En esta noche particular [la de Pascua], pienso que en torno a la mitad de ella o alrededor de la hora en la que se supone que nuestro León de la tribu de Judá fue elevado de entre los muertos, repentinamente, cuando meditaba sobre algo, percibí una cierta claridad de entendimiento previa a los ojos de mi mente, que me reveló la perfección de este libro del Apocalipsis y la completa concordia del Antiguo y Nuevo Testamentos.⁵

Con todo, Joaquín no es un visionario ni un místico. No ha recibido *espíritu de profecía ni de revelación*, sino que había sido dotado de sabiduría e inteligencia.⁶ Se considera a sí mismo como un exegeta inspirado.

Buscando una vida más rigurosa, y acaso también pretendiendo evitar roces con algunos miembros de la Orden (cf. JF 29-30, n.13), en 1189 abandona el cister y funda su propio monasterio en Fiore, Calabria, cerca de Cosenza, fundación aprobada por el papa Celestino III en 1195. Allí vivirá hasta su muerte, en los albores del siglo XIII.

La doctrina trinitaria de Joaquín fue condenada en el concilio de Letrán IV, tres años después de su muerte. En ella acusaba a la interpretación de Pedro Lombardo de cuaternarista. Joaquín entendía que Lombardo, además de las personas divinas, hipostatizaba la esencia una de Dios. Sin embargo, hoy los autores dudan de que el verdadero autor del opúsculo condenado –intitulado *De unitate seu essentia Trinitatis*– haya sido el abad de Fiore. Años más tarde, en otro contexto, el sínodo de Arlés consideró herética toda la obra del florense.

2. Peculiar método exegético

En el *Liber de Concordia Novi ac Veteris Testamenti* el abad de Fiore expone su método de exégesis, en donde modifica la alegoría y la tipología tal como la practicaban los Padres para ensayar una correspondencia biunívoca estricta entre eventos del Antiguo y el Nuevo Testamento, a modo de una tipología histórica (Grundmann). La función de los primeros cuatro libros es servir de prólogo al quinto, donde realiza una interpretación espiritual al Antiguo Testamento, así como a

⁵ *Expositio in Apocalypsim*, Parte I, fol. 39^{rb-va}. Citado en DANIEL (xvii-xviii).

⁶ Según consta en las memorias de Luca de Cosenza, testigo de la conversación entre el abad y el Papa Lucio III. Cf. REEVES, Marjorie, *The Influence of Prophecy in the Later Middle Ages: a study in Joachimism*, Oxford UP, Oxford 1969, 4.

otras dos obras: *Expositio in Apocalypsim* y el *Tractatus super quator evangelia*, que no llegó a concluir.⁷

Lo propio de Joaquín fue trazar un plan de épocas o dispensaciones de la historia en correspondencia (*concordia*) con las personas de la Trinidad y con personajes, figuras y animales de la Biblia, de la que hará una interpretación “espiritual” haciendo uso de la alegoría. Su teología de la historia depende de su método exegético.

Desde el punto de vista del método, distingue dos conceptos: la concordia y la “inteligencia espiritual” o alegoría.

Llamamos concordia propiamente a la igualdad de relaciones entre el Nuevo y el Antiguo Testamento; igualdad, digo, en cuanto al número, no en cuanto a la dignidad; es decir, persona y persona, orden y orden, guerra y guerra se encuentran mutuamente, en cierto modo, según esa semejanza; puesto que Abraham y Zacarías, Sara e Isabel, Isaac y Juan Bautista, Jacob y Jesucristo en cuanto hombre, los doce patriarcas y otros tantos apóstoles, y aun dondequiera ocurre de modo similar, [se relacionan] no por el sentido alegórico sino por la concordia entre los dos testamentos. Ciertamente el intelecto espiritual es uno y procede de otro. En efecto, si juzgamos correctamente, hay dos significantes y un significado, manifestándonos a nosotros que creemos en el Dios Vivo que uno es el Padre al cual pertenece especialmente el Antiguo Testamento; uno el Hijo de Dios al cual pertenece especialmente el Nuevo; uno el Espíritu Santo que procede de otro, al cual especialmente se orienta el entendimiento místico que, como fue dicho, procede de ambos.⁸

Joaquín busca, por tanto, un paralelo entre figuras y hechos del Antiguo Testamento y del Nuevo. Por ejemplo, así como Isaac engendró a Jacob, Juan Bautista no engendró, sino que bautizó a Cristo. Siguiendo el singular paralelismo establecido por el abad de Fiore, en Isaac se confirma la generación de la carne, mientras que en Juan, la generación por el espíritu, “para que sea según el espíritu padre del pueblo que llamamos cristiano.” Y remata: “Como, efectivamente, aquel pueblo [fue procreado] por doce patriarcas, así éste fue procreado por doce apóstoles; tomo lo que allí [dice que] «el que nace de carne es carne, aquél que nace del Espíritu es espíritu.»”⁹

La tarea del abad de Fiore quedaría trunca si se limitara exclusivamente a establecer los paralelismos entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. El paso siguiente será dado al establecer la “comprensión

⁷ Cf. DANIEL xxiii-xxiv.

⁸ LC II.2.2,1-13.

⁹ LC II.2.2,16-22.

espiritual” (*spiritualis intelligentia*). La siguiente es la explicación que ofrece al respecto y los ejemplos que ilustran su aplicación.

La alegoría es la similitud de cada pequeña cosa con otra más grande, como los días con el año, la semana con la edad, la persona con la orden o la ciudad, la tribu, el pueblo y como éstos muchos otros casos. Por ejemplo, Abraham es un hombre y alude al orden de los patriarcas, en el cual son muchos los hombres. Zacarías es un hombre y alude a esto mismo. Sara es una mujer y alude a la sinagoga – sinagoga, digo, no la rechazada que designa Agar, sino la Iglesia estéril de justos, que diariamente se enemistaba y se perdía en el oprobio de su esterilidad (...) En cambio, le fue dado a Sara un hijo no de la carne sino de la promesa en el tiempo de su vejez, esto es, cuando vino la plenitud de los tiempos, para que enviara Dios a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley. Así también Isabel significa lo mismo, porque ella concibió en la vejez, siendo estéril. Finalmente, Jacob y Jesucristo no nacieron a la vejez de su madre: y siendo Isaac, con todo, sexagenario, nació Jacob, y en el sexto mes de concepción de Isabel fue concebido Jesús, porque hasta el sexto tiempo del segundo estado la Iglesia fue estéril de varones espirituales; de tal modo es tiempo de que se multiplique la prole y “extienda sus vástagos hasta el mar y su descendencia hasta el río.” Según la verdadera anagogía, Abraham simboliza a Dios Padre, Isaac al Hijo, Jacob al Espíritu Santo; y, del mismo modo, Zacarías [simboliza] al Padre, Juan al Hijo, Jesucristo en cuanto hombre al Espíritu Santo. Esto es, sin duda, el intelecto espiritual que es llamado propiamente alegoría.¹⁰

Como se ve, la alegoría es para de Fiore una correspondencia entre dos términos que no se sigue de suyo, ni es evidente siquiera desde un registro metafórico, sino que es establecida a partir de un criterio arbitrario.

De tal forma, analogía o intelecto espiritual y concordia se coimplican. La interpretación “espiritual” es la que permite, de hecho, encontrar el paralelismo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Sin embargo, ella no se limita a esta tarea, sino que queda abierta a dar un paso ulterior. Randolph Daniel explica al respecto:

[L]a *spiritualis intelligentia* se concentra principalmente en aquellas cosas por venir, esto es, en los estadios finales de la autorrevelación de Dios en el tiempo. Las semillas de este entendimiento espiritual han sido plantadas por el Espíritu Santo a lo largo de los libros históricos del Antiguo y Nuevo Testamentos, los que mos-

¹⁰ LC II.1.3.

traron cómo la historia era la realización temporal de las relaciones intratrinitarias, la generación del Hijo por el Padre y la procesión del Espíritu Santo del Padre y del Hijo.¹¹

En consecuencia, la “comprensión espiritual” le permitirá interpretar el porvenir, pues para Joaquín los eventos futuros serán el cumplimiento último de los patrones de la historia que tienen sus raíces en el pasado (cf. Daniel xxxvi- xxxvii).

En el libro primero interpreta la correspondencia entre Antiguo y Nuevo Testamento apoyándose en el pasaje del Apocalipsis que narra la apertura de los siete sellos, los que representan, para él, siete períodos que componen las dos historias sagradas. En este sentido describe en el capítulo 12 del libro I la existencia de “*septem generalia bella*” iniciadas contra los hijos de Israel. Ellas son la persecución de Egipto a los hijos de José, la guerra contra los filisteos al ingresar en Canaán, la guerra siro-efraimita en tiempos de Isaías, la invasión asiria, la invasión caldea, la invasión persa a Babilonia y, finalmente, las guerras macabeas.¹² Estos “siete sellos” serán abiertos con posterioridad a la encarnación.¹³

No podía ser sino un libro simbólico como el Apocalipsis el que sustentara una teoría tan fantástica. La división de la historia en edades y la búsqueda de correspondencia entre éstas y los testamentos lo exigía: “La historia anterior a 1200 no presentaba las características de la «edad del Espíritu Santo» de la forma en que Joaquín las había intuido, y por eso mismo [dicha edad] debía pertenecer al futuro” (JF 66). En efecto, si el Antiguo Testamento contenía el anuncio profético del Mesías, el Nuevo debía contener el anuncio de la tercera época. Así, el abad de Fiore interpreta los pasajes escatológicos del Nuevo Testamento en sentido profético, esperando un cumplimiento histórico, penúltimo (cf. JF 67).

Entonces, a la “concordia” entre las dos letras de la Escritura, Joaquín agrega la idea de un tercer estado del mundo que, según sus cálculos, sería inminente, dando término a la historia de la humanidad. La concordia es, por tanto, triple. De la Escritura extraerá los “*spirituales intellectus*”, que le permitirían conocer los signos de los tiempos.

Entre estos signos destaca los tres más significativos: el solemne retorno a la unidad de la Iglesia de los griegos separados; la conversión del pueblo hebreo; y una extraordinaria y feroz persecu-

¹¹ Cf. DANIEL, xxxvi.

¹² Cf. LC I, 12, 7-61.

¹³ Cf. DANIEL xxxv.

ción, de la que habrá de ser víctima la Iglesia, que hará pensar en el drama ya remoto de la Ciudad Santa de Jerusalén. Pero no habrá llegado aún el fin de la Historia. En ésta, de hecho, habrá de manifestarse la Trinidad con su operación *ad extra*, de tal forma que cada período histórico sea una especie de “aproximación” a cada una de las tres Personas. La última persona que habrá de exteriorizarse será el Espíritu Santo (JF 28).

La historia apunta a la tercera edad. De tal manera, periodización de la historia, escatología y tercer estado son términos que se definen recíprocamente, de manera que no es posible hablar de uno sin hacer referencia a los otros. Dedicaremos los próximos dos apartados a la teología de la historia y al tercer estado, respectivamente.

3. Teología de la historia y escatología

Sin duda, la teología de la historia es el desarrollo más notable de Joaquín de Fiore. No deja de ser una ironía del destino que la obra de este monje calabrés “esencialmente conservador y que miraba hacia atrás” (Bloomfeld)¹⁴ sea para algunos –como fue expresado en la introducción– un antecedente de la ideología moderna del progreso.

3.1. La estructura de la historia

Si la historia es historia de la salvación, entonces –concluye de Fiore– la clave para su interpretación ha de ser la Escritura. Joaquín creyó tener así la herramienta para conocer el desarrollo del proceso histórico. Basándose en los libros históricos cree reconocer ciertos patrones que sintetiza en dos *deffinitiones*. La estructura de la primera está conformada por tres estados, compuestos los dos primeros por cuarenta y dos generaciones de personajes bíblicos; la segunda definición consta de la asociación de los siete sellos del Apocalipsis a distintos eventos de la historia.

La *prima deffinitio* queda estructurada a partir del cálculo de generaciones, tarea que desarrolla Joaquín en el capítulo segundo del *Liber de Concordia*, donde describe cuarenta y dos generaciones en dos tiempos, dejando abierto el tercero.¹⁵ De tal forma, tenemos tres

¹⁴ DE LUBAC, de quien tomo la cita, explica que Joaquín de Fiore era conservador por cuanto rechazaba el método escolástico. Cf. PEJF 16. A ello habría que agregar que su afán era en buena medida la renovación de la vida monástica.

¹⁵ Al construir las generaciones llega a dos líneas que considera complementarias y que asocia, con la libertad que lo caracteriza, a las procesiones del Hijo y del Espíritu. Para una síntesis acerca de cómo Joaquín debe forzar el número de generaciones para ajustarlo a su esquema previo, cf. DANIEL xxxviii-xxxix.

estados: el primero pertenece al Padre y comienza en Adán, madura con Jacob y alcanza su consumación antes del nacimiento de Cristo; el segundo pertenece al Hijo, comienza con Osías, florece con el nacimiento de Cristo para alcanzar su consumación en la cuadragésimo segunda generación después de la encarnación, lo que se cumpliría entre los años 1200 y 1260.¹⁶ El tercer estado pertenece al Espíritu Santo.

Esta atribución de las etapas de la historia a cada persona divina sembraría dudas respecto de la aceptación del *filioque* por parte del abad. Sin embargo, en otros pasajes esta apropiación no es tan estricta. En ellos, segunda y tercera etapas se asocian ambas al Hijo y al Espíritu Santo, pero de manera distinta: “en el primero se manifiesta especialmente el Hijo, aunque también el Espíritu Santo en forma de paloma; y en el segundo se manifiesta principalmente el Espíritu Santo, esta vez plenamente, como fuego”.¹⁷

A cada etapa de la historia se le asocia, además, un estado de vida (u orden) diferente. Las instituciones históricas cobran así una densidad inusitada como reflejo del dinámico y sucesivo revelarse de Dios, que conforma la historia.

Es razonable que aquellos tres órdenes –de los que hemos hablado arriba– se hayan manifestado en sus propios tiempos, para que el misterio de la Trinidad sea mostrado en lo inferior. De tal forma, es conveniente asignar la concordia a lo largo de los tres estados del mundo a cada orden.¹⁸

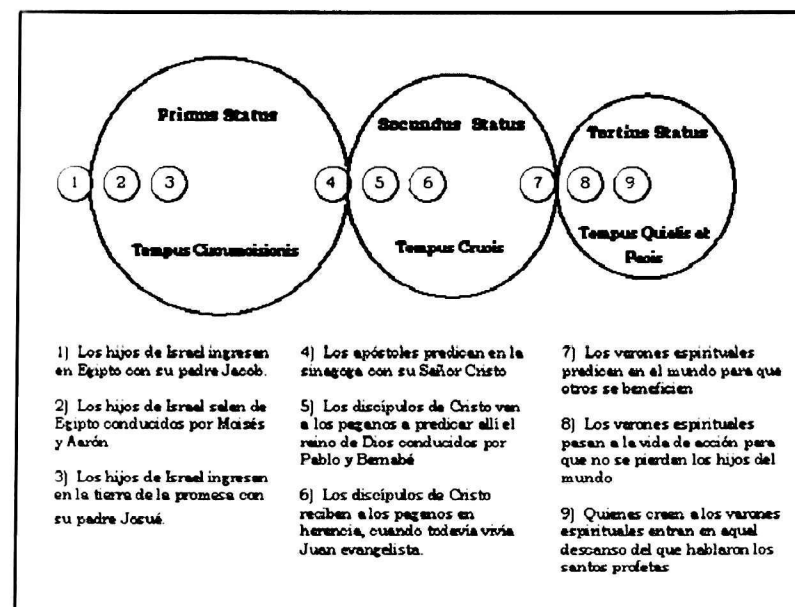
A pesar de lo que pueda parecer según lo descrito hasta ahora, el abad de Fiore no tiene un pensamiento riguroso y sistemático. Ello se observa, por ejemplo, en el uso de frecuentes figuras para ilustrar los esquemas de su pensamiento. A los efectos del punto que estamos considerando reproduzco la esquematización que hace de la historia, tal como figura en el *Liber de Concordia*. Se observa en esta representación cómo cada etapa es anunciada en una instancia anterior.

¹⁶ Para establecer estas profecías desarrolla un verdadero arte de la numerología. Cf. LC II.1.22-25, pero también hasta el final de esta parte primera. Todo el libro segundo está dedicado a la explicación de las genealogías y en el libro cuarto describe las cuarenta y dos generaciones que, según sus cálculos, separan por un lado a Zorobabel de Jacob y, por otro, al fin del mundo de Cristo.

¹⁷ J. DE FIORE, *Psalterium decem chordarum*, fol. 259^{va} y ^b, citado en JF 135.

¹⁸ LC II.1.7,6-7.

Figura 1 – Etapas de la historia según Joaquín de Fiore



Fuente: Daniel, p. 167

La *secunda definitio* consta de sólo dos tiempos y es desarrollada en el capítulo tercero del *Liber de Concordia*. El primer tiempo comienza en Adán, florece con Jacob y culmina con el nacimiento de Cristo. El segundo arranca en Osías, florece con el nacimiento de Cristo y duraría hasta el final de la historia.

Los hitos de la historia según esta segunda definición están marcados por la descripción y apertura de los siete sellos del Apocalipsis. De tal forma, Joaquín va asociando diversas “tribulaciones” del tiempo de Israel y del tiempo de la Iglesia a la apertura de cada uno de los sellos (parte segunda del libro tercero).

Señala de Lubac que el plan de épocas de Joaquín difiere de la interpretación corriente hasta entonces. Ya no se trata de que la ley de Cristo superara a la de Moisés, y que el Nuevo Pueblo de Dios –la Iglesia– superara al antiguo pueblo de la Alianza. Tampoco que, siguiendo a Pablo, el reino del Padre se extendiera por los ocho primeros días de la creación, el del Hijo, desde la promesa del redentor hasta la muerte y resurrección de Jesucristo y el reino del Espíritu como tiempo de la Iglesia que duraría hasta el fin de los tiempos, ni asimilación de la tríada *umbra* (AT), *imago* (NT), *veritas* (*in patria*). Para Joaquín, el Espíritu traería una nueva época que habría de suplantar a

la era del Hijo. En ella, el orden clerical –superación del orden conyugal del AT– sería sustituido por el orden monástico.

Es evidente que toda la larga elucubración en torno a las genealogías –siguiendo la *prima deffinitio*– o la apertura de los sellos –según la *secunda deffinitio*– apunta al conocimiento de las claves de dicha historia, con lo que el método se convierte en un instrumento heurístico para anticipar los acontecimientos futuros. Todo conduce, desde la perspectiva del florense, al estado de vida monástico.

Para Joaquín, el tiempo que ha transcurrido antes de la Ley, bajo la Ley y bajo la Gracia, fue tan necesario como la época venidera, que dará perfección a tales estadios preparatorios, porque la ley fundamental de la historia de la salvación es el progreso ininterrumpido desde el tiempo de la *letra* del Viejo y del Nuevo Testamento al de su espíritu, en analogía a la milagrosa transformación del agua en vino (SH 168). Así pasarán los hombres de la esclavitud del trabajo a la libertad:

Ciertamente, el Padre impuso la tarea de la ley, porque es temor. El Hijo impuso la tarea de la disciplina, porque es sabiduría. El Espíritu Santo suscita la libertad, porque es amor. Pues donde hay temor, allí hay esclavitud. Y donde hay magisterio, allí hay disciplina. Y donde hay amor, allí hay libertad.¹⁹

3.2. Escatología

A pesar de algunas vacilaciones señaladas, hemos mencionado ya que Joaquín no pretendía superar la mediación cristológica. Nunca entiende al Espíritu Santo separado de la misión del Hijo. Más aún: el tiempo del nuevo testamento llegará hasta la consumación del mundo. “El tiempo del primer testamento, cuyo inicio es en Adán y su fructificación en Jacob, va hasta Cristo; *el tiempo del nuevo testamento, cuyo inicio es en el rey Osías y fructificación en Cristo, va hasta la consumación del mundo.*”²⁰ Ahora, si el Nuevo Testamento no pierde su vigencia, sí parece hacerlo la economía salvífica por él inaugurada. Así se expresa al respecto K. Löwith:

[La] consumación no ocurre más allá del tiempo histórico, al final del mundo, sino en la última época histórica. El esquema escatológico de Joaquín no consiste en un simple milenio, ni tampoco en una mera expectativa del fin del mundo, sino en un doble *éschaton*:

¹⁹ LC II.2.5,7-10.

²⁰ LC II.1.8,1-4.

una fase final histórica de la historia de la salvación, que precede al *éschaton* trascendente del nuevo eón anunciado por la segunda venida de Cristo. El reino del Espíritu es la última revelación del designio de Dios sobre la tierra y en el tiempo. Consecuentemente, la institución del papado y de la jerarquía eclesiástica se limita a la segunda época (...) La Iglesia actual, aunque fundada sobre Cristo, tendrá que ceder paso a la Iglesia futura del Espíritu, cuando la historia haya alcanzado la época de su plenitud. Asimismo, esta transición última implica el fin de la predicación y de los sacramentos, cuyo poder mediador cae en desuso en cuanto el orden espiritual se percata de su conocimiento de Dios por visión y contemplación directas (SH 170).

Un texto confirma esta secularización de la escatología. Afirma Joaquín: “el último día, o el fin del mundo, no debe siempre ser comprendido como «el último artículo del fin», sino más bien como el tiempo del fin (la última parte del tiempo), es decir, la última edad”. Y prosigue: “costumbre es de las Sagradas Escrituras decir «día» para significar «tiempo».”²¹ “Todo sucede (...) como si el apocalíptico tuviese ya en sus manos la clave de la venida de lo que es perfecto (...) Matematizando el misterio, el apocalíptico tiene tendencia a vaciarle, porque creerse en posesión de su clave es destruirle.”²²

Es claro que Joaquín esperaba –como muchos de sus contemporáneos– un comienzo inminente de los tiempos finales. A esa conclusión “llegan” sus cálculos genealógicos y su interpretación de los sellos apocalípticos (primera y segunda definiciones, respectivamente): “En [el tiempo de] la iglesia, la generación cuadragésimo primera comienza verdaderamente en el año mil doscientos uno de la encarnación del Señor.”²³ Continúa más adelante:

En [el tiempo de] la iglesia, la generación cuadragésimo segunda comienza en el año y la hora que a Dios mejor le parece. En la cual, como es evidente, terminada la primera tribulación general y limpiado diligentemente el trigo de toda cizaña, asciende, por así decirlo, el nuevo jefe de Babilonia, el pontífice universal de la nueva Jerusalén, esto es, de la santa madre Iglesia; de quien está escrito en el Apocalipsis: “Vi al ángel ascendiendo desde el amanecer, llevando el signo de los vivos”; y con él al resto de los salvados. Efectivamente, asciende no marchando de a pie o porque cambie de lugar,

²¹ *Expositio in Apocalypsim*, f. 210. Citado en PEJF 55.

²² MOTTU, Henri, *La manifestation de l'Esprit selon Joachim de Fiore*, Neuchâtel 1977, citado en PEJF II 447.

²³ LC IV.1.43,1-2.

sino porque le fue dada plena libertad para que renueve la religión cristiana y para predicar la Palabra de Dios, comenzando entonces el Señor a ejercer el reinado sobre toda la tierra. En verdad la tribulación de Ester en los días de Zorobabel se creyó terminada, aunque fue seguida aquí por aquella fuerte tribulación que tendrá lugar en los días del séptimo rey, de quien está escrito en el libro del Apocalipsis y del que se dice en Daniel: “Destruirá todo más que lo que se pueda creer.” Y sabiendo que el sexto tiempo será doble, pero con todo abreviado por el Señor en favor de sus elegidos, es que estas dos generaciones deben ser tomadas por una generación doble (...), esto es, la cuadragésimo primera; para que la cuadragésimo segunda tenga lugar en sábado hasta que sea seguida por el tiempo de gozo en el que el Señor reinará sobre toda la tierra. En efecto, no reinarán más sobre el pueblo del Señor reyes soberbios ni abominaciones de ídolos contaminados como entonces y ahora, como es manifiesto hasta el día presente. Pues la esclavitud de los ídolos es por avaricia, pero el que nos redimió con su sangre reinará sobre él (...) con aquellos que padecieron la persecución de toda la iglesia de los justos desde Juan Bautista, precursor del Señor, hasta la venida de Elías. Lo cierto es que todas estas y aquellas cosas parecidas pertenecen al reino de Babilonia y la bestia que ella sostiene, en las que culminará la desolación del universo. Por tanto, será aquel un tiempo que durará hasta el final, salvo que reflexione el hombre en el límite de los años –por así decirlo, en el sábado, como escribimos más arriba–; salvo por guerra, salvo por escándalo, salvo por preocupación y terror, porque Dios lo bendice y lo santificará, el que culminará por sí mismo la obra que comenzó.²⁴

En el contexto de la segunda definición expresa, por su parte:

El séptimo sello comenzó en los últimos días de Nehemías, bajo quien fueron construidos los muros de Jerusalén. La apertura del séptimo sello será en el tiempo en el cual sea capturada la bestia y el falso profeta y enviados al fuego. En muy breve tiempo pienso que tendrá lugar la séptima apertura, según está escrito en el Apocalipsis: “Y cuando sea abierto el séptimo sello habrá silencio en el cielo durante alrededor de media hora”. Yo pienso que en este lugar debe tomarse media hora por medio año.²⁵

En lo relativo a la consumación de la historia, Joaquín se mantiene en línea con la tradición del juicio en el fin de los tiempos que abre la vida trascendente.

²⁴ LC IV.1.45.

²⁵ LC III.2.7,1-7.

Pero sin embargo, del modo que en el tiempo que pasó desde Zorobabel hasta Cristo, cerca del fin de ese propio tiempo, después de la tribulación que vivió el pueblo de los judíos bajo Antíoco, Jesucristo Hijo de Dios vino al mundo –quien, tras consumir la obra que recibió del Padre, pagando la deuda de los primeros padres en carne mortal, finalmente resucitó desde los muertos con testigos de la resurrección, entre otras grandes cosas que hizo, y ascendiendo al cielo y sentándose a la derecha de Dios, prometió derramar el Espíritu Santo a los hijos adoptivos–; del mismo modo, en el fin del mundo, tras la persecución que será hecha por Gog, cuando el universo esté ya completo, concluida la primera resurrección de los muertos, se sentará el Señor Jesús en la sede de su majestad para separar a sus elegidos de la multitud de los rechazados, hasta que, llenos del Espíritu Santo, vayan igualmente a la vida eterna, y los impíos, en cambio, al fuego eterno.²⁶

En los párrafos anteriores se ve con claridad la escatología de doble fase que señalara Löwith. En suma, primero tiene lugar un tiempo histórico final tras la última tribulación, en el que se abrirá el intelecto de la humanidad y el Espíritu Santo será derramado sobre todos, tiempo de paz y quietud. Finalmente, el fin del mundo y el juicio. La escatología tiene, por tanto, una fase histórica, pero no porque esté incoada en ésta, sino que se desarrolla en un período de tiempo propio. Este lapso, si bien supone el anterior, no está condicionado intrínsecamente por él. Una vez que llegó la tercera época, la segunda es *pasada*.

4. El tercer estado y su relación con el segundo

4.1. Rasgos de la tercera edad

A pesar de su lectura de la historia, Joaquín no fue un revolucionario ni pretendía reformar la institución eclesial de su tiempo.²⁷ Si bien fustigó, como tantos otros contemporáneos suyos, los vicios del clero o la relajación de los monjes,²⁸ no era la reforma su motivación. La esperanza de Joaquín no se fundamenta en “la crisis del cristianismo histórico” (Mottu; citado en PEJF 445). Más bien se tenía por testigo del inicio de la fase final de la historia, en la que el Espíritu

²⁶ LC IV.1.46.

²⁷ En este sentido, algunas lecturas hechas por protestantes quisieron ver en Joaquín un antecesor de Lutero.

²⁸ “¿Dónde está la pelea, dónde el engaño, dónde la codicia, sino entre los hijos de Judá, sino entre los clérigos del Señor? ¿Dónde están los celos, dónde la ambición, sino entre los clérigos del Señor? Por tanto, fue necesario que el juicio comenzara por la casa del Señor” (LC IV.1.38, 23-26).

abriría la inteligencia de los hombres, sobreviniendo una era de amor, quietud y paz. Tales serían los rasgos de la vida en este tercer estado de la humanidad.

Dicho estado se asigna en su periodización de la historia al Espíritu Santo y tiene dos orígenes: Elías y Benito de Nursia, alcanzando su madurez en el crecimiento de la orden cisterciense.²⁹ Su florecimiento pleno debería esperarse para después del final del segundo estado.³⁰ Entonces ya no serían necesarias las mediaciones propias de la segunda época.

Ninguna actividad o tarea anticipa la tercera edad: “si la promesa hecha a Abraham se ha encontrado realizada cuando la Sinagoga ha engendrado a Cristo, ¿por qué la Iglesia habría de desesperar de poder engendrar, por el don del Espíritu Santo, hijos de adopción que progresen... hasta convertirse en un reino espiritual?” (PEJF II 445). Esperaba Joaquín una renovación espiritual que revelaría lo que hasta entonces permanecía oculto tras figuras y sacramentos. Esta idea se diseminaría posteriormente, como señala de Lubac:

[A] partir de la joven abadía de Fiore —sin renegar, en principio, en modo alguno (repiteámoslo) de la esperanza del reino eterno— otra esperanza se preparaba para invadir la Europa cristiana: la de un reino del Espíritu que, incluso en el tiempo, pronto se iba a establecer. (...) [E]sta nueva esperanza se fundaba en una exégesis literal de dos textos constantemente citados por Joaquín: uno de San Pablo (1 Cor 13,12) y otro de San Juan (16,13). «Ahora, decía Pablo, vemos en un espejo confusamente, pero entonces veremos cara a cara»; por este «ahora» Joaquín entiende el segundo tiempo, el de Cristo; y por este «entonces», el tercer tiempo, el del Espíritu. «Cuando venga el Espíritu de la verdad, decía Jesús en San Juan, os guiará hasta la verdad completa»: igualmente Joaquín entiende esta venida del Espíritu de la verdad para un tiempo por venir, largo tiempo después de los Apóstoles de Jesús. Y así, esos dos textos, uno de los cuales anunciaba la vida eterna y el otro la iluminación que comenzaba en Pentecostés, se encuentran en un tiempo intermedio, el de la tercera edad. Más aún, omitiendo o falseando la continuación del texto de San Juan, y especialmente las palabras «Él me glorificará», el exegeta, atento sólo a su idea fija, concluye que va a llegar un tiempo en que Cristo desaparecerá ante la revelación del Espíritu. Para él, dice muy bien Henry Mottu, «todo el Evangelio tiende a convertirse en algo así como un Protoevangelio del Evangelio del Espíritu». (PEJF 65)

²⁹ Cf. LC II.1.5 y IV.2.2.

³⁰ Cf. DANIEL xxxvii-xxxviii. Recuérdese el esquema reproducido en Figura 1.

Una de las ideas clave de Joaquín era “la expectativa de nuevas órdenes de hombres espirituales enviados «*ad vesperum huius seculi*», esto es, en «*fine huius sexte etatis*», que es en la que él consideraba que vivía.³¹ Como hemos visto, sus principios de hermenéutica lo llevan a pensar que esa hora está cerca. Joaquín de Fiore considera que la tercera época es anticipada por algunos de estos “hombres espirituales”, quienes son como los ángeles de los que habla el Apocalipsis.

Tras los dos primeros cielos, el cielo del Antiguo Testamento, fundado por los Patriarcas, y el del Nuevo Testamento, fundado por los Apóstoles, despunta ya la aurora del tercero (percibida ya secretamente en una línea de contemplativos), el cielo de la inteligencia espiritual (...) Después del tiempo de Abraham, seguido del tiempo de Isaac, he aquí el tiempo de Jacob. Después de los días de Saúl, seguidos de los días de David, he aquí los días de Salomón. O también, después de la fecundidad laica significada por la descendencia de Abraham, después del orden de los clérigos simbolizado por Moisés y Aarón, he aquí la era de los monjes que se dilatará bajo el signo de Elías y Eliseo (PEJF 46-47).

4.2. ¿Queda perimida la Iglesia de Cristo?

Con el advenimiento del tercer estado, se extinguirá para Joaquín el orden clerical y la vida activa en la Iglesia (JF 83). Según las conclusiones del *Protocolo de Anagni*,³² reconocía dos órdenes perfectos en la Iglesia: clérigos y monjes, pero afirmaba que “el primero de ellos se consumiría durante la tribulación del Anticristo, permaneciendo los monjes hasta la consumación de los siglos. Extinguido el clero, cesaría la obligación de obedecer a la Iglesia de Roma” (JF 83).

Entonces toda “figura” desaparecerá: “Cuando venga el Espíritu de la verdad y enseñe toda verdad, ¿qué necesidad tendremos de nuevas figuras?”³³ Desaparecerán los clérigos, pues ellos sólo administran figuras. Mientras tanto, conviven el orden petrino de los clérigos (*laborantes*) con el joánico de los contemplativos (*quiescentes*).

³¹ REEVES, *The Influence of Prophecy in the Later Middle Ages: a study in Joachimism*, 135.

³² Estudio encargado por Alejandro IV en 1254 a una comisión de cardenales para evaluar el *Liber Introductorius* de Gerardo y la obra de Joaquín. Ver más adelante nota 44.

³³ Cf. J. DE FIORE, *Psalterium decem chordarum*, f. 276 r. C, 119, 176 y 256. Citado en PEJF 52.

“En efecto, es necesario que pase el significado de Pedro y permanezca el significado de Juan”.³⁴

Con todo, si las edades parecen ir sucediéndose una tras otra, el “evangelio eterno” (cf. Ap 14,6) no vendrá a suplantar para Joaquín a la “Nueva Ley” del Nuevo Testamento (la que en tal caso quedaría caduca). No obstante, de nuevo debemos aquí matizar esta afirmación con otras expresiones que no dejan de ser un tanto ambiguas:

Por tanto, porque dos son [el Padre y el Hijo] –de los cuales uno es no engendrado y el otro engendrado– fueron formados dos testamentos, de los que el primero, como dijimos arriba, pertenece de manera especial al Padre, y el segundo al Hijo, porque uno procede del otro. Luego, el intelecto espiritual es uno y procede de otro y pertenece especialmente al Espíritu Santo. Y, hacia atrás, la letra del Antiguo Testamento pertenece especialmente a los cónyuges, la letra del Nuevo a los clérigos y la regla bajo la que viven los monjes al propio orden de los monjes.³⁵

En cambio, la separación de la lectura espiritual respecto del Nuevo Testamento sí será afirmada por muchos de sus seguidores, comenzando por Gerardo de Borgo San Donnino.³⁶ Con todo, la interpretación joaquinita de la Escritura se toma libertades que no sólo fuerzan el texto bíblico –interpretando, por ejemplo, de forma alegórica pasajes que no dan lugar a este tipo de exégesis–, sino que incluso lo reescriben para adecuarlo a su hipótesis concordística.³⁷

Matizando esta posición se encuentra M. Reeves. Para esta investigadora, el “tercer *status*” no suplantaría a los anteriores, sino que “procedía” de ellos, en analogía con la Trinidad. Asimismo, el modo de vida del segundo *status* pasa, pero no la institución. “Joaquín no admitía la perfección definitiva del hombre dentro de la historia” y creía que “el tercer status o «séptimo día» también sufriría un declive antes del fin del mundo”. De tal forma, para Reeves, Joaquín se mantiene fiel a la ortodoxia latina por un margen estrecho, sólo que “su

³⁴ J. DE FIORE, *Psalterium decem chordarum*, f. 265.C, 1, c.28; f. 18 r.; *Tractatus super quatuor evangelia*, 240-241. Citado en PEJF 53.

³⁵ LC II.1.10, 39-45.

³⁶ Éste llegará incluso a asociar al “evangelio eterno” con la obra del florense. Volveremos sobre la figura de Gerardo.

³⁷ Esto se ve, por ejemplo, cuando entiende que la *appropriatio* de las épocas a sendas Personas Divinas está revelada en Jn 5,17. Para Joaquín, de la misma manera en que Jesús dice “así como mi Padre obra yo también obro”, corresponde que lo diga el Espíritu Santo: “Así como el Hijo y el Padre obran, yo también obro”. El ejemplo se encuentra en el *Protocolo de Anagni*. Cf. JF 67.

imaginación de poeta lo llevaba a veces más allá de los límites del teólogo”.³⁸ En este sentido, puede verse el siguiente texto:

Según el intelecto espiritual, la línea que va desde Adán hasta Jacob significa la escritura del Antiguo Testamento que contiene toda la obra del Padre. [La línea que va] desde Adán hasta Cristo (...) significa la escritura del Nuevo Testamento, que contiene la obra del Hijo. Esto es, de aquellos que renacieron del agua y del Espíritu Santo; en los cuales [se origina] la propagación de los espirituales hasta la consumación del mundo. En verdad, dos líneas aparecieron al principio, puesto que la venida del Hijo y la venida del Espíritu Santo ocurrieron conjuntamente en el Nuevo Testamento; y por esta razón se manifestaron dos órdenes perfectos en la Iglesia, acerca de los cuales dice el salmista: “Aunque dormís entre los apriscos (*cleros*)”.³⁹ Unos, clérigos; los otros, monjes; y los dos conforman un clero, por lo que uno tendrá su consumación en la tribulación del anticristo y el otro permanecerá hasta la consumación del mundo. Realmente, Pedro y Juan son un único orden y con todo es conveniente que se consume primero el orden de Pedro, según entiendo, permaneciendo no obstante el de Juan. Razonablemente, aquella línea que procede de ésta y permanece a lo largo de los reyes de Israel, significa el intelecto espiritual, que procede de la letra del Antiguo y Nuevo Testamentos, para nuestro beneficio, mientras estamos en este exilio, para que sepamos lo que nos fue dado por Dios.⁴⁰

Otros textos, empero, son bastante elocuentes, si bien debemos tener en cuenta que el abad no presenta un pensamiento unitario y coherente:

En efecto, por tanto tiempo fueron mostradas figuras como la verdad de las figuras no fue consumada. En cambio, donde comenzó a consumarse lo que fuera preanunciado por las figuras, es conveniente eliminar del todo las figuras, para creer aquello que está escrito: “Pronto realizará el Señor su palabra sobre la tierra”. Si esto es así, no es absurdo que yo vea una completa concordia según la similitud en las cinco tribus y cinco iglesias con la orden cisterciense, puesto que en nuestros tiempos es conveniente completar por similitud del misterio el tránsito por el Jordán y el tránsito del judaísmo a la gracia, terminada esta cuadragésima generación; puesto que el pueblo que salió

³⁸ REINHARDT, Elisabeth, “Joaquín de Fiore y el IV Concilio Lateranense” *AHlg* 11 (2002) 95-104, 102-103.

³⁹ DE FIORE juega con la homonimia de la palabra latina *clero*, que significa tanto clérigo como aprisco.

⁴⁰ LC II.1.33.

de Egipto, atravesado el río Jordán, entró en aquella tierra fértil que luego fue llamada tierra de Judá, y para que el pueblo fiel, que salió de la sinagoga, atravesando por la doctrina y el verbo de Cristo que es agua limpia que borra los delitos del mundo fue recibido en el seno de la Madre Iglesia que está fundada en Roma, así ahora también quienes aman a Cristo transiten por la doctrina espiritual, recibiendo algún día en el seno de la Iglesia espiritual.⁴¹

Si -como vimos- las últimas dos etapas de la historia se atribuyen ambas al Hijo y al Espíritu, no es así con los estados de vida.

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Si en cambio procediera sólo del Padre como el Hijo, sería evidente que el orden de los clérigos y el de los monjes tendrían el mismo origen e igualmente a los dos les sucedería la misma consumación. Si, en cambio, procede sólo del Hijo -como el Hijo procede sólo del Padre-, entonces es evidente que el tercer estado pertenece solamente al Espíritu Santo, como el segundo al Hijo. Porque verdaderamente uno es el Padre del cual proceden el Hijo y el Espíritu Santo; uno, naturalmente, el que procede del Padre y del Hijo; dos que proceden de un único Padre. Realmente el primer estado se atribuye al Padre; el segundo sólo al Hijo; el tercero es común al Hijo y al Espíritu Santo.⁴²

Siguiendo la interpretación de de Lubac, toda figura o acontecimiento del AT es promesa y significación de figuras y acontecimientos del NT. De esta manera, el Nuevo Testamento, carta magna de la Iglesia actual, no será sino una segunda letra en concordancia con la primera, pero que dará lugar no a un tercer testamento (con claridad afirma: “los testamentos no son tres, sino dos”) sino a una transformación que revelará la interpretación espiritual. Ahora, dado que tal interpretación espiritual -en el sentido en que la ejerce Joaquín- se libera a menudo del texto, al punto de hacerle decir cosas que difícilmente podrían seguirse de la letra escrita, en los hechos tal interpretación “espiritual” opera como una nueva letra. El Espíritu ya no dice referencia al Hijo.

De tal forma, el tercer estado es al segundo, como el segundo al primero. El sentido nuevo supera e invalida el precedente. Así, cada etapa histórica no tiene sentido sino para abrir la siguiente. De aquí que, según esta perspectiva, la Iglesia de Cristo no es de fundación eterna, sino tan sólo prefiguración. Emergerá entonces “otra Iglesia” portadora del “evangelio espiritual de Cristo” o de ese “Evangelio en espíritu”. “Igual que el paso de la primera a la segunda Iglesia, el paso de la segunda a la

⁴¹ LC IV.2.2,111-125.

⁴² LC II.1.9,36-44.

tercera no se realizará «en la sublimidad de los discursos, sino en la fuerza del Espíritu Santo».⁴³

4.3. *El advenimiento del tercer estado*

El tercer estado es, por tanto, un lapso intermedio entre la realización escatológica y la vida presente. Ratzinger señala que la prolongación insatisfactoria de la historia después de Cristo llevó a Joaquín a sacar la conclusión de que está por venir una historia buena sobre la tierra.

Es preciso aclarar que Joaquín nunca determinó el modo ni indicó más que negativa o figuradamente los rasgos de este estado. La orden que funda no sería, siguiendo a de Lubac, sino una precursora de aquel orden perfecto que caracterizará a la tercera edad. En cambio, Saranyana acota el alcance de esta interpretación: “[H]ay que excluir la hipótesis de que con este gesto [de fundar una nueva orden] pretendiese llevar adelante una congregación destinada a constituirse en portavoz de una nueva época de la historia de la humanidad y de la cristiandad” (JF 30).

Serán sus “sucesores” quienes realizarán la tarea de identificar este progreso en una u otra forma secular. Acaso el primero en desarrollar esta tarea haya sido Gerardo de Borgo San Donnino, medio siglo después de la muerte del calabrés, en su *Liber introductorius*.⁴⁴ Gerardo expresaba aquí que esta tercera edad de la historia se iniciaría de modo inminente, en el año 1260. Entonces quedarían ya caducos el Antiguo y Nuevo Testamento y empezaría a regir el “Evangelio eterno”, identificando a éste con las obras de Joaquín de Fiore. La vida eclesiástica quedaría superada por un orden monástico, clerical y laical al mismo tiempo, que formarían una Iglesia contemplativa y carismática, de hombres “espirituales” (JF 64).

Tras la condena del Letrán IV, el pensamiento de Joaquín fue “resucitado” por los franciscanos “espirituales”, que buscaban la renovación eclesial. En estos círculos se producirá una abundante literatura pseudo-joaquinita. Por otra parte, “en el año 1260 se lanzaron a las calles y plazas, en toda Italia, con el objeto de llevar a la práctica las profecías que el Abad había extraído de la Sagrada Escritura, predicando la nueva época de la economía de la salvación, la «Época del Espíritu Santo» (JF 43).

⁴³ J. DE FIORE, *Tractatus super quator evangelia*, Ed. Buonaiuti, Roma 1930, 284. Citado en PEJF 51.

⁴⁴ El *Liber introductorius in Evangelium aeternum* fue una obra publicada en 1254 en París, en donde Gerardo defiende la providencial fundación de las órdenes mendicantes como instrumento previsto por Dios para la “tercera época”, en pleno conflicto en la Universidad de París. Dicha obra fue condenada por Alejandro IV, quien dio la orden de destruir todas las copias y no ha llegado a nosotros.

5. Antecedentes de su pensamiento

No fue Joaquín el primero en construir una teología de la historia en etapas ascendentes. Por otra parte, debemos recordar que la adjudicación –o “apropiación”– de distintas tareas a las personas trinitarias era doctrina tradicional en los Padres: la Trinidad obra siempre una, pero algunas acciones pueden ser atribuidas de manera especial a alguna de ellas. Lo que no era tan frecuente era aplicar la doctrina de la apropiación a las etapas de la historia.⁴⁵ En este sentido, se ha querido encontrar antecedentes de Joaquín en la teología agustiniana de la historia. En efecto, en Agustín existe una división de la historia en siete estadios, pero Joaquín los transforma en dos series de siete.⁴⁶ La influencia es sólo formal, no doctrinal (cf. JF 88, n.213), pues la teología de la historia agustiniana es claramente escatológica.

De Lubac también descarta otro tipo de influencias, como las que se le han atribuido a Escoto Eriúgena, Ricardo de San Víctor o Anselmo de Havelberg. En estos autores la forma presente de la Iglesia no cambia. En cuanto a la teología de la historia, la doctrina de Joaquín es original.

El único antecedente lejano que reconoce el gran teólogo francés a la interpretación del abad de Fiore es el movimiento montanista al que se adhirió Tertuliano. Con todo, Montano aseguraba ser él quien inauguraba la nueva era anunciada por Juan y Pablo: “Cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto” (1 Co 13,10). Tertuliano “había utilizado el tema antiguo de las edades del género humano (o del cosmos) en correspondencia con las del individuo: «*rudimenta-infantia-juventus-maturitas*», pero olvidando el quinto, el de la vejez y la decrepitud” (PEJF 39). Había escrito en *De virginibus velandis*:

Nada es válido sólo en su edad, cada cosa espera su tiempo... Mira cómo la criatura misma llega a traer su fruto... Igual sucede con la justicia, porque justicia y creación tienen un mismo Dios. Ella se apoyaba en sus principios (*rudimenta*) sobre el temor natural de Dios. Luego, por la Ley y los profetas, avanzó hacia la infancia (*infantia*); más tarde, por el Evangelio, entró en el fervor de la juventud (*juventus*); y ahora, por el Paráclito, se dispone a la madurez (*maturitas*). (Citado en PEJF 39)

⁴⁵ Sin embargo, SARANYANA sostiene que no está claro que “Joaquín de Fiore haya sostenido una estricta apropiación (*appropriatio*) de cada una de las etapas de la historia a cada una de las Personas de la Santísima Trinidad”, dado que el abad tiende a emplear otros verbos, como *assignare*, *ascribere* o *pertinere* (JF 155).

⁴⁶ Cf. LC IV.

En otros textos, sin embargo, Tertuliano afirma sin lugar a dudas la unión entre el Espíritu y el Hijo. Además, los montanistas pretendían autorizar una liberación del orden individual más que anunciar un nuevo período histórico.

Otros temas desarrollados por Joaquín también encuentran paralelos en teólogos de la época. El canónigo regular Gerhoh de Reichesberg ostentaba también una exégesis profética; el Espíritu Santo tenía un papel fundamental en las reflexiones del monje Ruperto de Deutz⁴⁷ y el monaquismo era central para el obispo Otto de Fresinga.⁴⁸ Muchos de estos temas estaban en el ambiente teológico que se respiraba, aunque el florense les imprimió su matiz particular.

6. Consideraciones finales

6.1. La persona y su pensamiento

Joaquín se tenía por elegido para una misión especial. Es curioso que siempre haya gozado del apoyo de los papas contemporáneos y que su fama de santo y profeta lo sobreviviera por mucho tiempo. De ello es testimonio, por ejemplo, la aclaración que realiza el Concilio de Letrán IV al dejar a salvo su figura y la orden que fundó, a la vez que condena su pensamiento trinitario y considera herejes a todos aquellos que defendieran o aprobaran su enseñanza en esta materia (DZ 432). Ciertamente, como muestra de buena voluntad, Joaquín había puesto a disposición de la autoridad papal todos sus escritos.

La exégesis crítica ha puesto en duda la autoría por parte de Joaquín de algunos escritos que se le han atribuido a lo largo de la historia. Tal es el caso, por ejemplo, del tratado *De unitate*, que es aquel que es condenado por el Letrán IV y del que carecemos de copias. Con todo, varios de los errores teológicos señalados en este libro aparecen en sus obras auténticas, si bien a menudo expresados en las imágenes que utiliza y hasta en abierta contradicción con frases o ideas presentes en otros trabajos. Sus especulaciones carecen de la lógica de los escolásticos a quienes combate. Es menester reconocer, al menos, que la comprensión más extendida de su pensamiento quizá habría que asociarla más bien al franciscano Gerardo de Borgo San

⁴⁷ DE LUBAC señala, empero, que la división de la historia de uno y otro difiere absolutamente, siendo el abad de Deutz un exponente del pensamiento clásico. Cf. PEJF 23.

⁴⁸ RUSCONI, Roberto, “«Gioacchino da Fiore tra Bernardo di Clairvaux e Innocenzo III». *V Congresso internazionale di studi gioachimiti* (S. Giovanni in Fiore, Septiembre 1999), *AHlg* 9 (2000) 472-483, 480.

Donnino, divulgador años después de la muerte del florentino, quien saca todas las conclusiones de la doctrina del abad, llevándola a un extremo manifiestamente herético.

De cualquier forma, al hablar de Joaquín de Fiore es preciso distinguir –como tempranamente lo hizo el Concilio de Letrán IV– entre su persona y su doctrina. De aquí también que sea necesario diferenciar entre Joaquín y el joaquinismo, entendiendo por este último la “posteridad espiritual” –para usar la feliz expresión de de Lubac–, es decir, todos aquellos que se sintieron identificados con los aspectos más controvertidos de la obra de Joaquín, extremando sus consecuencias.

Hoy existe cierto consenso respecto de que la intención del abad de Fiore no habría sido constituir una nueva Iglesia espiritual, dejando atrás la institucional. Sí lo animaba, como a muchos de sus contemporáneos, un afán por renovar la Iglesia y, muy particularmente, la vida monástica. Sus expresiones, sin embargo, no siempre son coherentes y por momentos parecen incluso contradecir aquella idea.

A menudo se han leído los escritos de este monje a partir de la deriva política que tuvo su pensamiento desde cincuenta años después de su muerte en adelante. Probablemente, la incapacidad por distinguir ambos niveles –sumada a la urgencia política del momento (el conflicto en la Universidad de París)– condujo al sínodo de Arlés (1260/1263), en plena efervescencia del joaquinismo, a declarar herética toda la obra de Joaquín.

6.2. El método y su pensamiento trinitario

Pasemos, entonces, a cuestiones sustantivas de la obra de nuestro abad. En relación con su método concordístico, es preciso acotar que Joaquín en ningún momento aclara cómo selecciona las imágenes o personajes en torno a los cuales construye los paralelismos, así como, por lo general, tampoco son evidentes estos últimos. En otras palabras, al demostrar la concordia no quedan debidamente justificados ni los términos de la correspondencia, ni la relación establecida entre ellos. Con ello queda también desfondada la extrapolación que realiza a una tercera edad.

Yendo al contenido teológico de su pensamiento, su concepción de la Trinidad, de la historia y de la escatología depende de su esquema preconcebido. Ello lo hace arribar a posiciones un tanto absurdas, como que Juan Bautista representa al Hijo y Jesús en cuanto hombre, al Espíritu Santo. Esta idea de la “representación” tiene un sesgo gnóstico, pues entonces la revelación de Dios no se da de manera completa en el Hijo encarnado, sino que se mantiene a cierta distancia de él: para comprender a la segunda persona no debemos mirar a Jesús de

Nazaret, sino a Juan Bautista (!). La clave de interpretación de las sucesivas representaciones la tiene, demás está decir, Joaquín de Fiore y su esquema. El Hijo deja de ser el *logos*, el criterio hermenéutico de lo que sea Dios.

Como la Trinidad se revela en las sucesivas etapas de la historia, la interpretación gnóstica de la Trinidad se extenderá a la historia. En este sentido, su teología de la historia es arbitraria. Su afán por asociar las distintas épocas a las personas divinas lleva a forzar los hechos para adecuarlos a su estructura tripartita, haciendo interpretaciones *ad hoc* de la Escritura. Su periodización lo lleva inexorablemente a concluir que él vive en los tiempos finales, previos al advenimiento de la última etapa antes del fin del mundo y la consumación escatológica.

Frente a las posiciones más benévolas respecto del pensamiento de nuestro abad, De Lubac señala que Cristo tiene relativamente poco lugar en la obra de Joaquín. Antes que el único y definitivo mediador es un tipo o figura del Espíritu, del mismo modo que el Bautista lo fue de Cristo. El misterio pascual no tiene un lugar único y de fundamento de la fe cristiana.

Llega incluso a exagerar la importancia de otros personajes «en detrimento de Jesús, de su pasión y de su elevación». «Jesús no es ya la Persona en torno a la que todo se organiza; se convierte en el símbolo, la cifra de la acción de otro sujeto»: *Spiritus Sancti typus*. ¡Simbolismo «terrible»! Joaquín ignora el señorío de Cristo; «esta laguna exegetica... tendrá consecuencias incalculables». Si la obra de Jesús es nueva con relación al pasado de Israel, hay que llamarla antigua con relación a nuestro porvenir, puesto que no hace más que anunciar y significar, «como un simple eslabón de la cadena de la segunda edad, la plenitud espiritual de la tercera». De ahí se sigue incluso que el hombre espiritual, aquel para quien ya está «comenzada» la tercera edad, al estar animado por el Espíritu, es superior al mismo Cristo en su humanidad. A pesar del *Filioque*, tenazmente reivindicado contra los griegos, en este exegeta-teólogo «todo sucede como si el Espíritu se separase de nuevo de Cristo para no unirse más que al Padre» (PEJF II 444).⁴⁹

6.3. Relación entre el segundo estado y el tercero

El punto más controvertido del pensamiento joaquinita es, sin duda, si la tercera edad sucede y sustituye a la segunda o no. En otras palabras, si la segunda etapa de su esquema es meramente transitoria y recibe su sentido extrínsecamente, esto es, en función del resultado al

⁴⁹ Las citas son de MOTTU, *op. cit.*

que apunta. Como se ha visto, la multitud de imágenes y paralelismos utilizados no es coherente. Existen afirmaciones en las que la vigencia de la segunda etapa no es puesta en duda (como cuando se refiere al Nuevo Testamento o al *filioque*) junto a otras en las que el valor de la segunda fase queda eclipsado por la tercera (como en el caso de la economía de los sacramentos, lo que podría interpretarse como una negación implícita del *filioque*).

Sobre esta cuestión se concentrará, en efecto, el argumento principal que dará Tomás de Aquino al refutar el error de Joaquín. Contra la superación de la Nueva Ley afirma: “ningún estado de la presente vida puede ser más perfecto que el estado de la ley nueva, pues nada puede haber más cercano al fin que lo que inmediatamente introduce en el último fin” (*S.Th.* 1-2 q.106 a.4). Para Tomás está claro que el Espíritu Santo ya ha sido dado a los apóstoles y que la ley Nueva es la ley del Espíritu.

Hemos visto que una autora como Reeves se inclina por la ortodoxia del monje calabrés. Sin embargo, cabría preguntarse si en la medida en que en la tercera época el Espíritu será la “Ley”, no es inevitable que las mediaciones caigan en desuso, pues ya no serían necesarias. Al relativizar de hecho la mediación cristológica, Joaquín está postulando (“profetizando”) la realización de una utopía, la consumación de la perfección humana –Dios todo en todos– en la historia. Si en un mundo de seres perfectos la mediación cristológica *es* (inseparablemente) la acción del Espíritu, en la historia (es decir, en el *status viatoris*) es necesario explicitar cómo se da concretamente esta unidad para no caer en alguna forma de gnosticismo.

6.4. Consecuencias de su concepción de la historia

Siguiendo el error de Joaquín, tampoco la historia como tal tiene valor en sí, sino a partir de la fase siguiente. Que ésta sea puramente trascendente (como en ciertas interpretaciones dualistas) o imaginada como un nuevo lapso temporal no cambia el fondo del asunto. En ambos casos la temporalidad presente queda desvalorizada. Historia y trascendencia son distinguidas a punto tal que se separan. Esto tiene otra grave consecuencia: si la trascendencia ya no embarga a la existencia histórica, bastará sólo un pequeño paso para comprender a esta última como historia puramente humana, secular, neutral frente a Dios, y dar origen al derrotero que, a través del humanismo renacentista y el iusnaturalismo, llegará hasta la autoafirmación del sujeto moderno.

Cuando la historia es interpretada desde un esquema abstracto (gnóstico), los acontecimientos concretos pierden densidad y valor. En este sentido, puede verse perfectamente en la interpretación joaquinista

un antecedente que llegará a su exasperación con Hegel. En cambio, cuando se libera a la historia de interpretaciones simplistas y abstractas –que siempre seleccionan el material en función del interés preconcebido–, es posible comprender que la escatología trasciende la historia humana, porque la atraviesa, la abre y la llama más allá de sí.

Aquella concepción tiene otras implicaciones. La acción humana no será sino el cumplimiento de dicho esquema. Con ello la libertad queda sumamente comprometida. Por la misma razón, y en modo alguno de manera casual, podemos decir que la Trinidad se revela económicamente pero en el sentido de que se agota en la historia. La estructura trinitaria de la historia es descubierta por el hombre espiritual y en dicho patrón radica la clave del conocimiento de la historia y, por tanto, de los tiempos finales, con lo que es la fuente de la profecía y del conocimiento del mismo Dios.

Así se llega a la paradoja de una profecía que, en vez de abrir la historia, de *estirla* mediante la crítica al estado de cosas desde la perspectiva del reinado de Dios, la cierra. La profecía pierde su talante crítico como invitación a la conversión y deviene adivinanza de hechos futuros cuyas coordenadas son trazadas por fuera de la acción humana. Ello tiene como consecuencia que la realeza de Dios no puede alcanzar un cumplimiento histórico pues la serie histórica se cierra de manera extrínseca y no por haberse hecho carne en los corazones. En otras palabras, Dios no reina porque la humanidad se convierta, sino que su plan –que no es otra cosa que su autorrevelación, según el esquema joaquinista– irrumpe en la historia y la interrumpe, eliminando a los no convertidos y estableciendo el tiempo de paz para sus elegidos.

Reduciendo la historia al cumplimiento del mentado esquema, la escatología, ya sin novedad alguna que ofrecer, es simplemente la solución de una ecuación, la resultante de una geometría histórica cuyas variables sólo el “hombre espiritual” –devenido ahora en gnóstico– conoce. Pero, entonces, como señalaba Mottu, se devela el misterio... y se lo vacía. Paradójicamente, el enemigo de la razón escolástica termina dando a luz un sistema rígido y cerrado que ahoga la novedad histórica. ¿No se sigue de suyo que quien conciba la historia de esta manera creará también que vive en los tiempos finales, que como ella ya no puede ofrecer imprevisto alguno debe concluir de manera inmediata? Con ello llegamos acaso al punto de partida de toda la reflexión: el pesimismo histórico y antropológico.

6.5. ¿Milenarismo?

¿Se trata de un milenarismo esta fantástica interpretación joaquinista de la historia? En general, los autores responden a esta pregunta de forma

negativa. Al fin de cuentas, en el milenarismo permanecía aunque más no fuera de manera marginal el sueño de un reino de Cristo y su Iglesia, pero nunca se suponía que en el milenio cristiano el Espíritu fuese la guía, y no Cristo. Por lo demás, señala de Lubac que ese tiempo “no era esperado en la prolongación de esta existencia terrestre, sino como tránsito a otro eón” (PEJF 61), aun cuando éste sea en general pensado en términos materiales.⁵⁰ Por su parte, señala Mottu: “La teología de la historia de Joaquín no es ni un mesianismo, puesto que espera al Espíritu y no la venida del Mesías, ni tampoco un milenarismo, puesto que su tercer estado es atribuido no al Hijo, sino al Espíritu, y no será limitado, según parece, a una duración de mil años.”⁵¹ Con todo, Joaquín realiza, como señaló Baraut, una “transposición de lo eterno a lo temporal” (PEJF 67), típica de los proyectos milenaristas.

De cualquier modo, la interpretación de la historia como secularización de la escatología practicada por Joaquín de Fiore tuvo sus seguidores. Distintos autores coinciden en señalar que no debe atribuirse al abad calabrés las deformaciones, exageraciones o lecturas parciales a que fue sometido su pensamiento. Sin embargo, influyó fuertemente en autores como Lessing, por quien, según la apuesta de de Lubac, habría pasado al romanticismo e idealismo alemanes (Hegel, Schelling), los socialistas utópicos (Fourier, Saint-Simon), y, por esa vía, hasta Marx y su “escatología” secular y materialista. Resabios de este pensamiento totalizante que pretende conocer el fin de la historia pueden reconocerse aún en el *duce* (Joaquín tenía al ángel del Apocalipsis por el *novus dux*) y el *Führer*, por citar sólo los casos más extremos y terribles.

RESUMEN

El trabajo aborda el pensamiento de Joaquín de Fiore –para muchos, un precursor del pensamiento de la modernidad– a partir de la versión crítica del *Liber Concordiae*, de Randolph Daniel. Tras una síntesis de la biografía del abad, se detalla su método exegético, para pasar luego al estudio de su concepción de la historia y de la escatología seleccionando algunos textos significativos (de los que se ofrece una traducción). Por último, son analizadas las consecuencias eclesiológicas, así como las relativas a la comprensión de la Trinidad y de la historia que extrae este pensador siguiendo su peculiar exégesis.

⁵⁰ El milenarismo, como es sabido, supone la mentalidad concreta judía, a la cual las esencias “sutiles” o inmatrimales le son extrañas.

⁵¹ MOTTU, *op. cit.*, 316, citado en PEJF 61.

Hacia una fundamentación del hacernos a nosotros mismos en la reflexión ética de Bernard Lonergan¹

por Pablo M. Figueroa Turienzo S.I.

Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel

En este artículo se da una respuesta a la pregunta por los fundamentos del hacerse a sí mismo del sujeto, y de este modo se explicita un horizonte de significación, al interior del cual se puede reconocer que el ideal de autenticidad encierra en sí una fuerza moral (no es un ideal meramente arbitrario y subjetivo) y merece ser tenido en cuenta en nuestras reflexiones éticas.

En un primer punto se presenta la problemática que se suscita cuando uno se plantea la cuestión de la autenticidad en un plano moral. Luego, a partir de la comprensión del sujeto existencial en cuanto moral y religioso: a) se explicita la interrelación entre el significado de las nociones de autenticidad y autorrealización en referencia a la noción del hacerse a sí mismo del sujeto; b) se explica la problemática que se ha originado con el surgimiento del ideal de autenticidad y se muestra por qué una investigación sobre los fundamentos del hacerse a sí mismo del sujeto en la reflexión ética de Lonergan puede ofrecer una respuesta; c) se afirma que la conversión moral y afectiva pueden ser presentadas como el fundamento del hacerse a sí mismo del sujeto; d) mostramos cómo nuestra fundamentación nos invita a comprender

¹ Bernard LONERGAN nació el 17 de diciembre de 1904 en Buckingham, Quebec, Canadá. En 1922 entró en la Compañía de Jesús. Fue un importante filósofo y teólogo del siglo XX. En el curso de su carrera académica larga e ilustre recibió 19 doctorados honorarios y numerosos honores, incluyendo el ser investido como Caballero de la Orden de Canadá en 1971 y fue nombrado Miembro Correspondiente de la Academia Británica en 1975. Fue nombrado por el Papa Pablo VI miembro de la Comisión Teológica Internacional. Murió el 26 de noviembre de 1984. Sus obras completas están en proceso de publicación. De los 25 volúmenes proyectados se han publicado 16.